

# La geografía de entonces y la de ahora... Rápida mirada al desarrollo de la geografía académica en Colombia<sup>1</sup>

Héctor F. Rucinke  
GRUPO GEOLAT – Bogotá

**Resumen.** Con la perspectiva de casi medio siglo de historia, se exploran sucintamente los contextos global y local dentro de los cuales se ha configurado la geografía contemporánea. En este escrito se mencionan los cambios más importantes en términos metodológicos y filosóficos que propiciaron la aparición de discursos innovadores de la geografía académica que, de una u otra manera, han contribuido a dibujar la naturaleza eminentemente social de esta ciencia. En el plano nacional se discute el proceso de desarrollo geográfico cumplido hasta principios del nuevo siglo, lo mismo que los problemas académicos y profesionales de la geografía colombiana, y las perspectivas de que se alcance madurez científica competitiva y capacidad real de aportar al proceso de desarrollo general del país.

*Palabras clave:* geografía académica; modernidad y cambio geográfico; perfil profesional; geografía colombiana; geografía y desarrollo.

**Abstract.** Geography, now and then. A general overview of global and local developments shaping contemporary geography is attempted for a period spanning almost half a century. This paper deals with those changes in methodology and philosophy that prompted the advent of innovation in the academic discourse of geography. One way or the other, the theoretical debate associated with those changes has greatly contributed to the essentially social nature of this science. In the domestic context, the discussion is centered around such issues as (1) the process of modern development of geography up to the early 21st century, (2) problems affecting Colombian geography academically and professionally, and (3) the prospects for the discipline to reach the stage of competitive scientific maturity as well as actual ability to assist in the overall development process.

Key words: scholarly geography; modernity and geographical change; professional profile; Colombian geography; geography and development

Esta es la segunda vez que tengo el honor y gusto de ser huésped de esta gran Universidad del occidente de Colombia. Los geógrafos deberíamos registrar como un privilegio el poder acercarse a la Popayán procera, como si se tratase de una peregrinación de filial tributo a los lares de nuestros mayores, a la patria chica de Caldas y de Vergara y Velasco. Estar aquí es casi una solemnidad, para respirar historia, más concretamente historia de la geografía nacional. Por eso debemos felicitar a la Asociación Colombiana de Geógrafos y agradecerle por haber escogido este escenario secular de intelectualidad y ciencia como sede del XVIII Congreso Colombiano de Geografía. El crédito de gestión va, por supuesto, para los organizadores del evento, profesores del Departamento de Geografía de esta Universidad, a quienes anticipadamente debemos expresar las gracias por lo que intuimos será un gran suceso académico.

---

<sup>1</sup> Este escrito es una versión ampliada de la conferencia invitada que presentó el autor en Popayán, con ocasión de los actos inaugurales del XVIII Congreso Colombiano de Geografía, auspiciado por la Asociación Colombiana de Geógrafos, con el patrocinio de la Universidad del Cauca y otras entidades (octubre 27-30, 2009).

Se me ha pedido discutir sobre el proceso de desarrollo de la geografía moderna en nuestro país y sobre el papel que la disciplina ha cumplido o puede cumplir como soporte de nuestro desarrollo general. Tal vez la benevolente solidaridad de antiguos alumnos míos que laboran en este claustro, más la suma de años que llevo en rastra, explican mi presencia en este auditorio. Como a todos los adultos mayores – vaya eufemismo para disimularnos cortésmente un irremediable deterioro cronológico – una final compensación nos ofrece la vida: poder mirar atrás con la perspectiva que en algunos casos nos dispensa el hecho de estar atentamente conscientes, e incluso comprometidos, con la realidad actual.

Yo empecé a involucrarme seriamente en geografía a principios de los años 60 del siglo pasado. El 1960 me dieron en Tunja un puesto de instructor en la Especialización de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), como desde entonces pasó a llamarse el relicto, ya multiprofesional, de lo que había sido la histórica institución de formación pedagógica universitaria que se denominó Normal Superior de Colombia, en Bogotá. Mis preferencias por la geografía en los años en que me formé en esta escuela me fueron respetadas, y por eso, a título de ensayo, pusieron a mi cuidado algunos cursos de geografía regional. Tales asignaturas hacían parte del plan de estudios sociales que por supuesto también se enseñaba en Bogotá en la Universidad Pedagógica Nacional, como pasó a llamarse en esos años la institución fundada casi de afán para albergar las jóvenes que el gobierno segregó de la sección desplazada a Tunja. Entre paréntesis, el argumento para decretar la escisión de la Normal era poco menos que ridículo: para el gobierno ultraconservador de principios de los 50 se consideraba sacrílego que los dos sexos compartieran aulas y formación en programas destinados a preparar los maestros de secundaria del país.

Aquellos cursos geográficos, vuelvo con el tema, más el esquema sesgado hacia lo técnico que se denominaba Ingeniería Geográfica en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, constituían lo que había de geografía universitaria en Colombia cuando yo comencé mi incipiente carrera en este campo, al empezar aquella década memorable. ¿Para entonces, había geógrafos en Colombia? *Strictu sensu*, si lo que algunos hacían era geografía, pues sí, los había, ya que podemos reversar el *dictum* copiado de los economistas, según el cual geografía es lo que hacen los geógrafos. En realidad, quienes tal desempeño ejercían, en función docente, eran unos dos extranjeros, y unos cuantos colombianos licenciados en ciencias sociales de la Normal Superior y sus entes sucesores. No muchos, a decir verdad, tanto que puedo nombrarlos: José A. Blanco Barros y Leonardo Pérez Castillo, de la pura vieja guardia, maestros respetables y geógrafos un poco autodidactas, pero bien formados. Y quizás dos o tres más, que yo podría referir mejor como miembros de una generación transicional. Además de otros profesionales que por la afinidad de su carrera con la geográfica, o por afición derivada de tal o cual circunstancia, podrían considerarse como una suerte de *parageógrafos*, si el término pudiese ser habilitado sin ninguna connotación peyorativa. ¿Por qué coloco el “entonces” de estas reflexiones en los años 60 del siglo XX? Hay varias razones, entre ellas el tinte

casi mágico con que la historia cobija los años de aquella década, a escala global. Década de descolonización de una buena parte del mundo, que pasaría a ser parte de lo que subsiguientemente se denominaría Tercer Mundo. Guerras frías y calientes, y también época de irreverencias al estilo de los Beatles, y del cuestionamiento revoltoso puesto en palestra de audiencia global por los estudiantes parisinos. En fin, para la geografía, el creciente advenimiento de cambios importantes, tomando en este caso la significación de la geografía como la representada por lo que hacían y pregonaban las escuelas norteamericanas y europeas, voceras de los paradigmas clásicos del modernismo geográfico reinante. Esta razón para mi periodización seleccionada, más o menos arbitraria como todas las periodizaciones, por supuesto concurre con la circunstancia nacional de haber sido hacia el último tercio de tal decenio cuando ocurrió el episodio de la fundación en Tunja de la Asociación Colombiana de Geógrafos.

¿Cómo era la geografía de entonces? En el contexto nacional, era, como ya he dejado entrever, una geografía de propósito escolar, que se ocupaba de formar profesores para servir la enseñanza del nivel medio en los campos de las ciencias sociales, uno de los cuales era la geografía. Por eso el énfasis estaba en la geografía regional, aunque jamás en mi formación universitaria escuché a ningún profesor de geografía hablar una palabra en soporte teórico de la corología. Se describían los países del mundo, con detalles más o menos tediosos, y en el caso colombiano, el recuento de fenómenos, muy sesgado hacia lo físico, se adentraba en la asociación de cosas en un conjunto de regiones naturales, sistema cuyo origen se hallaba más en los modelos anticuados (siglo XVIII) de Philippe Buache o de Johann Christoph Gatterer (aunque sin mencionarlos), que en la teoría corológica vigente en la primera mitad del siglo XX. Nada que ver, pues, con la escuela regional de ascendencia germano-norteamericana. La verdad es que a Hettner solo se le conocía en Colombia por sus viajes por los Andes y por haber escrito *La Cordillera de Bogotá*; y de Hartshorne solo vine a saber cuando llegué a Madison, Wisconsin, en 1963, a cursar estudios posgraduados. El mayor esfuerzo “teórico” de los geógrafos colombianos, o de los geógrafos extranjeros que trabajaban en Colombia, durante los años 40 y 50, se concretó al poco estimulante trabajo de pulir un esquema de clasificación regional del territorio, por lo demás derivado del incipiente modelo utilizado por Vergara y Velasco al cierre del siglo XIX, con o sin citación de reconocimiento del pionero en ese tipo de constructo espacial. O también en discutir sobre determinismo geográfico, un esquema explicativo que tuvo adeptos hasta finales de los 60, tendencia bien ilustrada en el caso del general Julio Londoño, un miembro bien representativo de la Sociedad Geográfica y funcionario de la misma y del Instituto Geográfico.

Al currículo corográfico de la escuela normalista se le apoyaba con un curso de cartografía general. Este consumía una buena cuota del tiempo anual que le asignaban en un penoso entrenamiento de dibujar líneas y letras, lo cual no ocultaba el propósito central de que el futuro licenciado aprendiese a copiar mapas. Recuerdo que también nos entregaban algo de geografía sistemática, con cierto énfasis en la geografía física y la cosmografía, y creo que un curso de geografía

económica centrado en temáticas tan interesantes como la descripción de la lista de producciones agrícolas o industriales de tal o cual país. Claro, como el propósito último era formar licenciados en ciencias sociales, la geografía tenía que compartir los cuatro años que tal entrenamiento demandaba con la historia y una serie de cursos auxiliares que incluían antropología, sociología, economía, filosofía, biología, un idioma extranjero y, por supuesto, las asignaturas psicopedagógicas que le daban al estudiante las bases metodológicas para ejercer una carrera docente. Desde 1954 en adelante este escenario académico de incipiente geografía fue complementado en Colombia con la creación de una carrera de geografía en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, que pronto habría de convertirse en algo más especializado hacia las cuestiones técnicas con el nombre de facultad de ingeniería geográfica.

Mientras esto ocurría en Colombia – y en general en el resto de Iberoamérica – en Estados Unidos empezaba a tomar forma una auténtica revolución metodológica de la geografía. El paradigma norteamericano que predominó hasta mediados del siglo XX, aproximadamente, fue un subproducto del desarrollo teórico alcanzado por la escuela geográfica alemana de las últimas tres décadas del siglo XIX, prolongado hacia la siguiente centuria por el sistemático magisterio de Alfred Hettner. Hettner fue uno de los primeros grandes geógrafos profesionales de todos los tiempos, si no el primero, distinguido con un doctorado específicamente geográfico, y entrenado como geógrafo integral en un modelo formativo en el que el trabajo de campo, la investigación y publicación sustantiva iban de la mano con la continuada adquisición y perfeccionamiento de generalizaciones. Se trataba de la implementación de un estilo de trabajo geográfico sin precedentes en la historia de nuestra ciencia. El enfoque corológico, una auténtica filosofía regional derivada de la interpretación de los fenómenos geográficos – naturales y culturales – asociados dentro del contexto espacial, fue fruto de varias décadas de publicación selectiva en la *Geographische Zeitschrift*, la valiosa revista que Hettner mismo fundara en 1895. Todo ese material fue revisado y complementado en 1927 en un libro epónimo, *Die Geographie – ihre Geschichte, ihr Wesen, und ihre Methoden* [“La geografía: Su historia, naturaleza y método”], que infortunadamente nunca fue traducido al inglés, menos al español.

El pensamiento de Hettner, y a través suyo el de los demás maestros de la escuela geográfica alemana clásica, fue llevado a Estados Unidos por Richard Hartshorne, y erigido allí y en Europa como el paradigma dominante a partir de la publicación en 1939 del trabajo de este profesor de la Universidad de Wisconsin, con el bien conocido título de *The nature of geography*. Una variante importante del enfoque regional, centrado en el concepto de paisaje, fue desarrollada por Carl Sauer en la prestigiosa Escuela de Berkeley, en California. Los modelos científicos se desgastan y cuando ocurren las circunstancias propicias son retados y eventualmente sustituidos. De manera indirecta, algunos hechos relacionados con la Segunda Guerra Mundial, como el desplazamiento forzado de grupos de filósofos desde el ámbito nazi, serviría para iniciar o incrementar en Norteamérica un proceso de discusión epistemológica que afectaría a las ciencias sociales. Primero, algunos de

los filósofos exiliados del *Wiener Kreis*, el Círculo de Viena, harían llegar por sí mismos, o indirectamente a través de sus alumnos y seguidores, las tesis del neopositivismo a la consideración de los contados geógrafos que a principios de la posguerra se interesaban en esos temas de estudio. Años después se repetiría esto con los mensajes filosóficos de la Escuela de Frankfurt, centrados en la teoría crítica neomarxista. Puntualmente se suele registrar que en 1953 le llegó el final a la supremacía filosófico-metodológica del paradigma corológico, personificado en *The nature of geography*, con la publicación de un artículo crítico, en su contra, de Fred Schaefer. Esto significaría la imposición de un modo de pensar esencialmente deductivo y analítico-espacial, que, por lo demás, ya había hecho su debut en la geografía europea y norteamericana con trabajos importantes de Walter Christaller y Edward Ullman, entre otros. Pero ahora explícitamente se buscaba colocar a la geografía dentro de la categoría de una ciencia social orientada por el método científico, igual que las ciencias naturales, cuyo fin último era la búsqueda de las leyes que determinan los fenómenos sociales en el espacio terrestre.

En los años 60s discurrió en Norteamérica la rápida implementación de lo que se dio en llamar la revolución cuantitativista, es decir, la concreta manifestación metodológica de un paradigma neopositivista a través del cual la conducta científica del geógrafo apuntaba a investigar fenómenos espaciales, manejados como problemas cuya explicación debería buscarse a partir de la formulación de hipótesis, cuya prueba matemática debería descansar en el análisis de variables rigurosamente operacionalizadas. Cuando yo estudié en Madison en 1963 y 1964, el profesor Hartshorne sintomáticamente se dedicaba de preferencia a sus cursos de geografía política y a la orientación de disertaciones, en tanto que los cursos de técnicas y métodos cuantitativos estaban repletos de estudiantes graduados y de unos cuantos profesores que discretamente querían ponerse al día sobre el nuevo clima científico de la geografía. Ya se hablaba corrientemente de resolver problemas a partir de formulaciones nomotéticas, siguiendo tal o cual modelo, o diseñando uno nuevo, preferiblemente de naturaleza estocástica, y, sin duda, los clásicos temas de geografía regional habían quedado atrás. Era fácil entrever que la tradición de tesis y disertaciones realizadas a partir de investigaciones en el extranjero, como las que se hicieron famosas en las universidades de California, Louisiana, Wisconsin, Syracuse, para citar apenas unos pocos ejemplos, ya no tendrían mayor atractivo ni apoyo financiero. Los días de brillo para geógrafos norteamericanos especialistas en la geografía de países extranjeros, de la talla de Sauer, Bowman, James, Parsons, parecían terminados para siempre, como también el que cualquier geógrafo, como ocurría antes, fuese altamente competente en la información sobre la geografía de los países y regiones del mundo. El resultado, entre paréntesis, es que la mayoría de los geógrafos de hoy son inexcusablemente ignorantes de cosas que los demás suponen nosotros debemos saber. ¿Cuántos de ustedes, a título de ejercicio fastidioso, podrían responder sin el apoyo de Google a preguntas como, digamos, las capitales de Burundi, Myanmar, Zimbabwe o Belice?

La revolución cuantitativista realmente triunfó y, vino para quedarse, así algunos de sus críticos, que han querido asociarla con un espacialismo abstracto e

irrelevante y la identifican como sinónimo irreductible de neopositivismo, hayan pregonado su muerte en la siguiente década, en los años 70. Mi oficio actual de traductor de los *abstracts* de la Asociación de Geógrafos Americanos me ha dado acceso temprano a una de sus publicaciones de este año, en la cual varios artículos de autores de izquierda no vacilan en reconocer la validez de una metodología basada en aplicaciones matemáticas, *i.e.* cuantitativismo, y en recomendarla como soporte científico de las propuestas teóricas de sus preferencias. De hecho, la investigación sustantiva actual de la geografía utiliza técnicas de medición y análisis de aquel tenor.

Pero, en fin, al neopositivismo nadie le puede quitar el crédito de haber abierto la geografía a la discusión teórica contemporánea, a partir de la cual, casi desde su propio advenimiento, varios geógrafos europeos o norteamericanos – e incluso por lo menos uno latinoamericano – se lanzaron al ruedo para proponer alternativas posmodernas al trabajo y al pensamiento geográficos. Muy interesante es que, ahora de manera general, pensadores de otros campos y filósofos, sean traídos a cuento en soporte de nuevas posturas epistemológicas y que, también, la geografía no solo se apoye en otros, sino que contribuya con éxito en el *pool* de construcción de la moderna, perdón, posmoderna teoría social. Antes de la segunda posguerra excepcionalmente contados geógrafos se percataron de lo que otros hacían, por ejemplo en los casos de economistas como Ricardo, von Thünen o Lösch, para ponerle bases conceptuales serias a la teoría locacional. También deberíamos rescatar las bases del evolucionismo social colocadas en apoyo de las muy notables y tempranas elaboraciones teóricas de un Ratzel, o las afines en el campo natural que sirvieron a un Davis para formular su modelo geomórfico. Pero, digo, tales cosas eran excepcionales, como lo fuera también el que apenas un filósofo, y por cierto de gran talla como lo fue Kant, hubiese informado parte de las bases epistemológicas de la escuela alemana clásica. Los geógrafos, y especialmente los estudiantes posgraduados de geografía de la primera mitad del siglo XX, no tenían que preocuparse de las más o menos complejas lucubraciones de filósofos e historiadores de la ciencia. Tal marginación teórica terminaría desde el momento en que Schaefer trajera a colación su reclamo por una ciencia social más científica, que en cierta manera replicara el rigor metodológico de las ciencias naturales, como lo pregonaban los miembros del Círculo de Viena. La verdad sea dicha, de aquellos filósofos solamente se supo de Viktor Kraft, en cuanto la referencia de Schaefer lo hacía muy pertinente para la geografía como supuesta novedad, porque el artículo referido discutía el tema de la geografía como ciencia (Kraft 1929). Digo que supuesta novedad, porque aquella fuente ciertamente importante no había escapado a la erudición de Hartshorne, que la había comentado a espacio tres lustros antes que Schaefer... Pero, en fin, lo que hay que destacar es que a partir del medio siglo se abría para la teoría geográfica una dimensión discursiva totalmente nueva, que paso a paso abriría avenidas de pensamiento muy prometedoras para la innovación metodológica y conceptual (cf. por ejemplo, entre tantos otros, Harvey 1969, 1983; Capel 1981).

¿Qué ocurría con la geografía en Colombia en los años 60? No mucho, en los primeros años; mucho al finalizar aquella década. Al comienzo, simplemente continuaba operando el modelo de una geografía universitaria incipiente, con la carrera de ingeniería geográfica, cuyo esquema de carrera de formación nocturna daba argumentos a sus críticos en términos de calidad y suficiencia académica. Por el otro lado, las dos escuelas de educación de Tunja y Bogotá, estaban siendo complementadas por facultades de educación creadas a todo lo ancho y largo del sistema universitario colombiano. Todas, en xerográfico tributo a la institución pionera, replicaban sin cambio alguno el modelo normalista instaurado desde 1938. Y, por descontado, la carrera de ciencias sociales, continuaba igual, con una cuota de formación mayoritaria compartida por igual entre la geografía y la historia, y los consabidos cursos complementarios de pedagogía y refuerzos varios. Quizás debería destacarse que ya empezaban a llegar a nuestras bibliotecas libros nuevos sobre temas geográficos, gracias las traducciones publicadas en México y España, por las bien conocidas colecciones del Fondo de Cultura Económica y Omega. Gracias a eso entramos a manejar la *Geografía física* de V. Finch y Glenn Trewartha, conocimos en detalle el clásico modelo climático de Köppen, las geografías regionales (paisajes) de Oskar Schmieder y el anticuado tratado de Jones y Darkenwald sobre geografía económica.

Les voy a pedir su perdón y comprensión por tener que hacer referencia a un evento personal que generó algún modesto cambio en aquella tradición. En 1962, un año después de que Eliécer Silva Celis, rector, me nombrara instructor de ciencias sociales en Tunja, la Universidad de Wisconsin ofreció una beca para estudiar geografía durante un par de semestres, la cual tuve la fortuna de ganar. Fui a Madison en donde avancé las tres cuartas partes de un programa de maestría, a través de lo cual pude ganar acceso a una buena parte de la geografía norteamericana de la época (eventualmente, en 1968, con ocasión de una asignación como profesor visitante Fulbright en Louisiana Tech University, pude completar los cursos requeridos, hacer una tesis y graduarme de M.Sc. en Wisconsin). El hecho es que al regresar a la UPTC, me dio por fundar en 1964 un Club Geográfico, similar al que había conocido en Madison, y atreverme a presentar una propuesta de cambios en el currículo y estructura del departamento de sociales. Mi propuesta se concretó en la idea de establecer una estructura semi-especializada, por medio de áreas mayores y menores de estudio en geografía e historia, a partir de la creación de dos o tres cursos nuevos de geografía sistemática, más un curso de teoría y métodos para enseñar historia del pensamiento geográfico y dar las bases de las técnicas de diseño de proyectos e investigación. Esta carga académica, adicional a los cursos generales de la licenciatura, constituirían el área mayor geográfica para el estudiante que optara por un énfasis geográfico en su carrera. Lo propio haría un diseño especializado para un área mayor en historia. Además se introdujo la obligación de cursar un seminario y realizar una monografía de grado. Hubo algunas dificultades para implantar esa reforma, por la reticencia de los profesores de historia, toda vez que a la hora de la matrícula, algo así como las tres cuartas partes o más de los estudiantes optaron por la geografía como área mayor de

estudio. Pero a medias se hicieron cambios que, me informaron después, fueron pronto adoptados también en las demás facultades de educación del país.

A mediados de 1967 ocurrió algo importante para la geografía colombiana. Desde 1965 la actividad del Club Geográfico de la UPTC atrajo la atención de alguna gente de Bogotá, suficiente como para que le recomendaran a la Comisión Fulbright tener en cuenta esta universidad en sus actividades de promoción geográfica. Creo que fue Preston James quien en una breve visita a Bogotá le pidiera a la Fulbright poner en marcha un programa de breves visitas de verano por geógrafos norteamericanos, con la tarea de dictar conferencias que pudiesen despertar interés académico por este campo científico entre los colombianos de la nueva generación. Pues bien, cualquier día de mayo o junio de 1965 llegó a Tunja William Smole, geógrafo de la Universidad de Pittsburgh, preguntando por el autor de estas notas. Le hicimos una sesión especial del Club Geográfico, dictó una excelente conferencia sobre sus experiencias de investigación en Venezuela y quedó el compromiso de su recomendación para que al siguiente año el programa se concentrara en Tunja, con un nuevo profesor visitante. Y así ocurrió, repitiéndose con más tiempo el trabajo, esta vez con Dieter Brunnschweiler, profesor de la Universidad de Michigan State. Dieter quedó impresionado con la receptividad e interés de estudiantes y profesores de Tunja, tanto que se dio mañas para que al siguiente año le renovaran el nombramiento, para concentrarse entre Tunja y Bogotá en un proyecto que diseñamos entre los dos, consistente en convocar una reunión en Tunja de personas interesadas en geografía.

En junio de 1967, pues, se congregó en la UPTC el I Encuentro de Geógrafos Colombianos, al cual concurrieron personas del Instituto Geográfico Agustín Codazzi, la Universidad Nacional, la Universidad Pedagógica Nacional, la Universidad de Antioquia, la Sociedad Geográfica de Colombia. Recuerdo los nombres de Agustín Blanco, Ernesto Guhl, Eduardo Acevedo Latorre, Enrique Pérez Arbeláez, Julio Londoño, Jesús Peláez Rendón, Clemente Garavito, Mercedes Arciniegas Duque, Mercedes Ávila, Rosa Cecilia Torres, Ovidio R. Toro, entre otros. En el Encuentro, en últimas, se discutió la propuesta que teníamos lista con Brunnschweiler para crear la Asociación Colombiana de Geógrafos, que en consecuencia fue fundada el 22 de junio de 1967. La Asociación, cuyo nombre fue abreviado de entrada con el acrónimo ACOGE, estaría destinada a promover – “por los medios a su alcance”, como por salvedad se dice – el desarrollo de la geografía como ciencia y como profesión en este país. Y a fe que, con altibajos y discontinuidades de actividad e interés por quienes la han orientado y respaldado, ha cumplido satisfactoriamente con el cometido propuesto.

El salto de la geografía de entonces, la de los años 60 y antes, a la que hoy tenemos en Colombia, ocupa cuatro décadas durante las cuales se hicieron 17 Congresos Nacionales de Geografía, 18 con este que realizamos a partir de hoy en Popayán, más uno internacional en Paipa, en 1977. Se organizaron a principios de los años 70 una serie de valiosos seminarios posgraduados dirigidos por el profesor C. W. Minkel, el sucesor de Brunnschweiler en la gestión apoyada por la Fulbright. Con

Minkel tiene la geografía colombiana una deuda de la que pocos se percatan (la cual, entre paréntesis, cobra dimensión subcontinental si se considera lo que él promovió en Quito a través del Centro Panamericano de Estudios e Investigaciones Geográficas, CEPEIGE). ACOGE ayudó a que por lo menos cuatro de nosotros nos hiciéramos geógrafos profesionales en Estados Unidos, dos con título de Master y dos con el Ph.D., o propició los estímulos que brindaba la inminencia de una carrera geográfica en Colombia para que otros, por otros medios, hiciesen lo propio en Norteamérica y Europa. Se empezó a pensar y a hablar con propiedad académica de ciencia geográfica, y comenzaron a sonar nombres casi impronunciables pero sí cautivadores en términos de la referencia que sobre ellos se hacía. Fueron los 70 los años mejores de ACOGE, un período histórico dedicado a alistar la empresa mayor en la que esta Asociación se comprometió, o sea a fundar una primera escuela de posgrado que nos permitiese preparar los profesionales que demandaría luego la creación de carreras corrientes de educación superior en geografía. Y así en 1983 se cumpliría por quien les habla una tarea de varios años que le confiriera ACOGE, para diseñar e implementar un programa de Maestría, al lograrse que entre la UPTC de Tunja y el IGAC de Bogotá fuera firmado el protocolo respectivo. En marzo de 1984, hace un poco más de 25 años, iniciaron clases los quince profesionales colombianos que después de dos años de estudio de tiempo completo, la presentación de exámenes generales, la aprobación de una prueba de investigación a presión y la elaboración y sustentación de una tesis, se convertirían gradualmente en los primeros geógrafos de origen universitario especializado graduados en Colombia.

No fue aquella una escuela cualquiera, ni mucho menos improvisada. Solamente cuando el encargado de fundarla recibió su doctorado, y no de cualquier nivel que requiriese retoque de título, se hizo el compromiso de integrar un equipo docente con hojas de vida que pueden enorgullecer a cualquiera que hay recibido su influencia magisterial, en cualquier contexto académico extranjero o nacional. Allí participaron como profesores de tiempo completo Gustavo Montañez (Ph.D., Florida), Antonio Flórez (Ph.D., Amsterdam), Welf Selke (Dr. rer. nat., Berlín), Verena Meier (Dr., Zurich), y varios catedráticos de reconocido prestigio en sus campos. El alumnado, seleccionado mediante entrevistas y estudio de antecedentes, debía cumplir una exigente carga de trabajo durante cuatro semestres, y luego pruebas de grado que no todos lograron culminar. Pero los resultados de todo aquel esfuerzo, la propia convalidación del programa, lo justificarían plenamente, para estudiantes y para las instituciones patrocinadoras, por evaluación objetiva, a la luz de la sencilla pero contundente máxima: por sus frutos los conoceréis. Respondo por la gente que se formó bajo nuestro cuidado durante los casi diez años que trabajamos en ese programa de Maestría, y todos los profesores en ello comprometidos estaremos siempre orgullosos de esa primera generación de genuinos geógrafos colombianos. Los demás desarrollos de la geografía académica, muy importantes, desde luego, son subproductos sucesivos que de manera más o menos directa, se han derivado de la acción de ACOGE, como han sido la fundación de programas de pregrado en la Universidad Nacional de Colombia-Bogotá, en la Universidad de Nariño en Pasto, la Universidad del Cauca en Popayán, la

Universidad de Córdoba en Montería, en la del Valle en Cali y en la Universidad Externado de Colombia, en Bogotá. Incluso, los programas posgraduados que más recientemente han sido establecidos en la Universidad Nacional y en la Universidad de los Andes, dudo mucho que hubiesen aparecido antes de varias décadas más si no mediara el clima de reconocimiento público y académico ganado en el país por la ciencia y profesión geográficas en los pasados años. A ACOGE, dicho sea de paso, también la historia habrá de concederle el crédito de que el Congreso de la República votara la Ley 78 de 1993, como estatuto profesional del geógrafo. Los jóvenes geógrafos que egresan de las escuelas antes nombradas, cuando se trata de cumplir con el Estado servicios profesionales que caigan dentro de su perfil profesional, saben bien que sin la Tarjeta expedida por el Colegio Profesional de Geógrafos no pueden firmar contrato.

Vistas así las cosas, con el paso de las décadas recientes, Colombia ha quedado inscrita dentro del escenario globalizado que la geografía comparte con las demás ciencias. La geografía actual es una disciplina reconocida y respetada por su madurez técnica y científica, abierta al pluralismo ideológico y filosófico, en pleno debate constructivo, bien por la innovación generada a través de la imaginación y creatividad de unos cuantos maestros, por la inspiración que algunas corrientes derivan de grandes pensadores de otros campos, de esta época o de vieja data, o por la reformulación de paradigmas pasados, a la luz de avances metodológicos logrados durante años de discusión, prueba y rectificación o reafirmación. Tras el auge del pensamiento neopositivista, la geografía de punta ha ganado por las sucesivas propuestas y contrapropuestas, dentro de lo que en conjunto pudiéramos denominar filosofía geográfica. Desde los años 70 del siglo XX, el pensamiento geográfico se ha enriquecido con aportes teóricos sucesivos que abarcan desde los de la escuela de geografía humanística, el radicalismo y el neomarxismo, el estructuralismo, la geografía feminista, hasta todos los pos- – el posmodernismo, posestructuralismo, etc. A las referencias limitadas a filósofos que se registraba en la literatura geográfica de principios de los 60 (una que otra alusión a Popper o a Kuhn), la explosión de publicación teórica subsiguiente está típicamente saturada de referencias a Althusser, Heidegger, Foucault, Adorno, Derrida, Habermas y, desde luego, Marx, entre tantos más. Podría decirse, pues, que los geógrafos contemporáneos, los colombianos entre ellos, tienen suficientes opciones de pensamiento por explorar y discutir, si sus preferencias de estudio se inclinan por la parte teórica; y si es por el lado de la investigación sustantiva o aplicada, los problemas potenciales que por su naturaleza le están reservados son virtualmente ilimitados y distinguidos por esa tan rica y estimulante variedad que tienen “todos los mundos posibles” a los que se refirieran James y Martin (1981), todo el tiempo en proceso de cambio, creación o re-creación.

¿Está nuestra geografía a la altura de tan interesante y poco menos que envidiable escenario de trabajo en potencia? La respuesta a esta pregunta la puede dar cualquiera con un rotundo veredicto positivo, si se operacionalizan los elementos del juicio con los factores que están a la vista. Tenemos seis programas de pregrado en geografía que gradúan un buen número de geógrafos cada semestre, desde la

década pasada, más un nuevo programa de ingeniería geográfica; existen tres programas de maestría en geografía, más otro en ciernes por extensión de uno de los titulares; y se han aprobado y abierto a matrícula dos flamantes programas doctorales. ¿Más factores por considerar? Si, existe un Instituto Geográfico como agencia técnica del Estado, especializado en labores cartográficas, catastrales y de ingeniería fotogramétrica, entre otras; existe una Sociedad Geográfica; existe una Asociación gremial de geógrafos. Y, finalmente, se cuenta con un estatuto de protección para el ejercicio legal de la profesión geográfica. Con tal cuadro, ¿quién no envidiaría la situación de este país en materia de desarrollo geográfico, si se la compara con lo que ocurría aquí al comienzo de todo este recuento, o, en el contexto contemporáneo, con lo que ocurre en países comparables? Por sí sola, la existencia de estos factores no puede ser tomada como condición concluyente para emitir juicios evaluativos justos. Cualquiera puede argüir en justa lógica que sería circunstancia ciertamente excepcional que todas estas variables se comportaran igual, positiva o negativamente. Y como nada es cabal en este mundo por naturaleza expuesto a la imperfección, y menos en un contexto como el nuestro, tendríamos que conceder que incluso si algunos factores fallan, el peso de los demás podría compensar en grado tal el análisis que el fallo de la evaluación consecuentemente sería altamente positivo. Lo contrario también podría ocurrir, con agravantes que ni al más optimista se le ocurrirían remedios de emergencia para proteger a la profesión de nuestros afectos del castigo de alguna de las leyes de Murphy. Lejos de mi capacidad, por disponibilidad de tiempo, dinero y gusto, de recoger la información que pudiese hacer objetiva la evaluación requerida, dejo de lado el cometido de intentarla. Pero sí querría dejarles a mis colegas la preocupación por el tema y sobre todo la necesidad de que pensemos dentro del actual esquema de factores atinentes a la geografía colombiana – como ciencia y como profesión – cuáles caen dentro de la propia órbita de nuestras responsabilidades. Y muy importante sería que reflexionáramos sobre lo que realmente la geografía significa o pueda significar algún día para el desarrollo general del país, y sobre lo que los geógrafos profesionales nuestros puedan contribuir en esa empresa y, en plano más ambicioso y genérico, en el desarrollo de la propia ciencia geográfica. Después de todo, el *motto* académico de este Congreso fue expuesto en términos que algo tienen que ver con lo primero y, además, la pirámide del conocimiento aplicada al caso concreto de esta ciencia, en el caso colombiano ya alcanza la cúspide donde se desenvuelve la élite de personas con la indiscutible etiqueta de científicos y quizás de filósofos de la ciencia. Hay ya un grupo visible de geógrafos que han recibido el Ph.D. y otros tipos de doctorados, y ya en la Universidad Nacional cursan este nivel de formación varias personas. La ciencia no es propiedad ni responsabilidad exclusiva de ningún país o región continental y está en permanente construcción con el aporte global de investigadores calificados y teóricos de todas partes, Colombia incluida.

Similarmente, en otro plano de ideas, el desarrollo, bien se sabe, es un agregado multifacético y variado de condiciones de las sociedades humanas. En tal sumatoria unos aportan más o menos que otros. ¿Pueden los geógrafos ayudar a esa construcción social denominada desarrollo? De sobran sabemos que nuestra ciencia

dispone de herramientas y métodos de trabajo de gran valor para tal cometido. Ustedes convendrán conmigo, sin embargo, que para que esa contribución sea significativa, la condición básica es que la geografía tenga su propio desarrollo y madurez, lo cual no es cosa distinta a que los geógrafos se formen con gran competitividad científica y técnica. Una comunidad integrada por geógrafos mediocres, aquí y al otro lado del planeta, no tendrá nada que hacer al respecto y, ténganlo por seguro, otros asumirían su papel. Tomando el prerrequisito de competitividad como aceptable en el corto término, sería bueno examinar de una manera realista el espectro de cosas que supuestamente se nos reservan como objeto de competencia, según cuentan las caracterizaciones de nuestro perfil profesional. Estas, bien lo saben ustedes, varían desde, por ejemplo, la muy cauta y genérica del numeral 5, Art. 5, de la Ley 78 de 1993, pasando por las más o menos cautivantes de las propagandas que buscan atraer matrícula universitaria en el campo, hasta las que le apuntan a todo fenómeno humano o natural que se mueva en una enmarcación dada del espacio, absoluto, relativo, o construido... Quizás podamos aterrizar nuestras funciones en algunas cosas concretas que podamos hacer bien de las muchas posibles, que de todos modos se deben dejar abiertas a la preferencia y dedicación inteligente de los individuos que integran o integrarán nuestra comunidad profesional. Lo que importa es lo que acabo de decir. Cosas que podamos hacer bien, y que sirvan de algo para el bienestar social. Me acuerdo, a propósito, de algo que en el año 2000 reclamaba aquí mismo en Popayán, el profesor brasileño Carlos Walter Porto Gonçalves, en el sentido que la geografía (*i.e.* los geógrafos) debía definir claramente su propósito, es decir, para qué esta ciencia. Su argumento era muy tajante, pues si tal propósito y cuáles funciones no fuesen suficientemente relevantes, entonces, “para qué una ciencia que no sirva para nada”?

Una ciencia como la nuestra puede servir para muchas cosas, varias de las cuales se pusieron de manifiesto a través de la historia. Los gobernantes la tenían como uno de sus principales auxiliares del ejercicio administrativo; una ciencia proveedora de información. Puede servir para ayudar a racionalizar la organización del espacio. El campo de los estudios ambientales debería ser opción prioritaria en el reparto del trabajo geográfico. Como lo puede ser el análisis económico y por supuesto político de las relaciones internacionales. Puede servir la geografía para ayudar a hacer una revolución, o para apoyar la construcción y permanencia de un imperio. Pregúntele a los geopolíticos y estos citarán muchas más opciones, pasadas o actuales. Una geografía “comprometida” puede servir para mucho en el ámbito de los problemas sociales, aunque tal función debería ser connatural a toda ciencia. Y así sucesivamente, vaya uno a saber. En general la comunidad geográfica de hoy más o menos concuerda en que la geografía es una disciplina que sirve para estudiar y

entender “las relaciones entre la sociedad y el medio ambiente natural” (Peet 1998: 1), dando por entendidas en tan aparentemente simple constructo el contexto espacial y el cúmulo de interacciones, conductas y fuerzas sociales que aquel abarca. Para mi modesto modo de ver ese objeto de estudio se aplica a un propósito que yo creo es común a todas las parcelas de la ciencia: contribuir al bien de quien las inventó y las desarrolla continuamente: el hombre.

Que entre los trabajos que el geógrafo pueda hacer tendiente a tan últimos propósitos esté, por ejemplo, la docencia geográfica, bien, pues hace siglos lo hacemos. Pero que sea una función que cumplamos con buena capacidad, para ayudar a formar bien a nuestra juventud como ciudadanos racionalmente informados sobre la realidad geográfica de su país y del mundo, y a comprenderla, si tal es el propósito del nivel donde nos corresponda desempeñarnos como geógrafos docentes. O que se trata del ejercicio de la docencia en los propios niveles de nuestra carrera, desde el superior hasta el posgraduado, excelente, pero que esa función sea ejercida con la autoridad que da la sapiencia fruto del estudio continuado y la investigación y no quizás por gracia del arribismo de trepadores académicos, a los que no es impermeable nuestro sistema universitario. Si la función que se cumpla está en el campo de la investigación, bueno, en tal entorno se requieren condiciones de técnica y método, no sólo en la ejecución sino en la propia formulación de los proyectos, que de hecho obran con rigor en los procesos de selección por la entidad que patrocine el estudio. Un creciente número de geógrafos tienen que ejercer como independientes en los campos técnicos y aplicados de la geografía. Es allí donde la profesión tiene que experimentar su prueba de fuego permanente y donde se mide más objetivamente la calidad del producto de nuestras escuelas de pregrado. Y también desde donde se puede retroalimentar el sistema para ver las áreas superfluas en donde se desperdició precioso tiempo de formación y, alternativamente aquellas que, o no recibieron atención suficiente, o simplemente no hacen parte de la estructura curricular de uno u otro programa. En todo esto el papel del geógrafo profesor es crucial y a veces se le soslaya como función propia, porque es ir más allá de las aulas, a la propia almendra de los problemas profesionales, en donde se labra la diferencia entre el éxito o el fracaso. Por si esto sirviera de aporte para una agenda de evaluación de nuestra geografía de pregrado, déjenme que aluda al siguiente hecho. Durante el último Congreso celebrado en Pasto – hace ya cuántos años? – se abogó por un acercamiento entre las diferentes escuelas de geografía, para mantener un organismo permanente que sometiese a consideración y gestión remedial problemas comunes, entre estos el seguimiento a los egresados. Algo así como un colegio, instituto o asociación de escuelas de geografía. Se hizo una reunión en Pasto y otra en Bogotá, en donde se identificaron problemas y hasta programas

comunes... y ahí paró todo. Las universidades de provincia no pudieron o no quisieron costear los viajes de sus jefes de departamento para continuar con tan necesario trabajo.

Yo quiero terminar este examen suelto de la geografía de ahora, no posando de prescriptor de políticas ni conductas – función que me parece reservada a quienes están vigentes, tienen capacidad de mando y ojalá poder institucional – sino en plan de un idealista que quiere pensar que el mañana puede tener las mayores posibilidades de ser mejor. Me refiero a cómo me gustaría ver la geografía del futuro cercano, aspiración congrua por supuesto con la insatisfacción personal de que mi modesto esfuerzo no haya podido contribuir en mejor grado a construir un presente mejor para la geografía colombiana. Déjenme que enumere los puntos en los que se concentra mi mayor preocupación:

1. Calidad académica y científica de la formación de pregrado – la aspiración es que esta condición no se quede como manoseada palabrería de la “visión” que se pregona en estos programas – en todos se quiere llegar a la excelencia, si es que el término ya no figura como *sine que non* en la declaración de “misión”. Mejor es que aquella, la calidad, se concrete como la prioridad alrededor de la cual se condicione, en primer término, la admisión del cuerpo de profesores y la selección de los estudiantes.
2. El anterior ideal es poco menos que consubstancial con la formación avanzada en geografía. Casi parecería redundante hablar de “calidad académica y científica” al referirnos a la naturaleza de un programa de maestría o a uno de doctorado. Parecería casi insultante incluir en mi lista de deseos tal condición, y por ello pido perdón, pues realmente no puedo concebirla como una etiqueta de la declaración de la “visión” sino como una característica actual, contante y sonante, de un programa de naturaleza posgraduada. O es que odiamos tanto a los países avanzados que, para no imitarlos, en vez de nichos académicos de prestigio mundial nos inventamos mediocridades criollas como las que son de ocurrencia común en los posgrados de varias disciplinas de nuestras universidades? Es como si en tratándose de esta formación en geografía rehuyéramos pensar en las escuelas que armaron Carl Sauer en California o Hettner en Heidelberg, para dejar boquiabiertos sus fantasmas al poner en operación maestrías que duren tanto cuanto se logre matrícula “con punto de equilibrio”, o, mejor, de pingüe rentabilidad, a base de profesores prestados de ocasión y estudiantes de fin de semana que jamás cursaron una asignatura de la especialidad en sus pregrados? Eso existe en otros campos, a nadie le da vergüenza, ni a nuestro poderoso ICFES le importa, pero por lo menos a mí sí, y Dios libre a

la geografía colombiana de llegar a compartir en semejante caricatura académica. Bienvenidos los doctorados, pero que ojalá, estos más que las maestrías, se escriban, para tomar las palabras de quien fuera Director magnífico del IGAC durante casi dos décadas, Álvaro González Fletcher, se puedan nombrar, digo, con letras mayúsculas. Mucho más se podría decir hoy de la formación posgraduada (cf., al respecto, Rucinke 2004), pero la limitación de espacio deja al margen la alusión que se debería hacer en este momento a la responsabilidad que corresponde al Estado sobre este problema, en general, y la respuesta patoja que le han dado los gobiernos y las mismas universidades a lo que debiera ser una de las principales políticas de desarrollo de la nación.

3. La cuestión gremial, y con esto terminaré, me parece sumamente importante. Al Colegio Profesional de Geógrafos solo se acude en busca de la matrícula que facilite la contratación pública en materia geográfica. La Ley del Geógrafo tiene otras cosas de interés, como quién debería ser preferido para determinados oficios, que se entregan a otros no calificados, pero a nadie le importa. El caso de ACOGE, la Asociación Colombiana de Geógrafos, podría también en cierta manera retratar la situación de la agremiación de los geógrafos colombianos. El balance no es muy alentador. Al contrario. De ser la instigadora de todos los cambios que llevaron a la relativa bonanza actual, y de ser el foro abierto y el escenario para que los geógrafos expusieran sus ideas y recibieran los estímulos que a no pocos hicieron grandes y a muchos proporcionaran empleo, hoy es una entidad famélica de la que todos esperan haga cosas, pero a la cual nadie brinda apoyo ni le importa pertenecer. Cuán diferentes son, por número de afiliados, entusiasmo de cuerpo y reconocimiento, las Asociaciones de Geógrafos del Brasil y México, en nuestro entorno, o la de Estados Unidos con alrededor de 10.000 miembros y la de Rusia, con el doble de tal membresía. ACOGE empezó con 29 firmantes del Acta de Constitución (bueno, en realidad menos, pues 6 fueron solo invitados al Banquete que ofreció la UPTC, que firmaron pero que jamás volvieron a figurar). O sea 23 fundadores efectivos. Para este Congreso, el Director Ejecutivo reportó 15 miembros activos, entre los cuales quedamos dos fundadores jubilados, el profesor Ovidio Toro y quien les habla. ¿Lo ideal? Yo diría que abogar porque tanto joven que se convierte en geógrafo (ya van 260 registrados en el Colegio Profesional de Geógrafos) ingrese a la Asociación, ayude a revitalizarla, o a cambiarla si su percepción de nuevos tiempos y cometidos lo cree necesario. Que funcione el relevo generacional, para que los nuevos geógrafos ayuden a cumplir una de las metas concretas que los viejos nos

propusimos: dejarlos con casa propia, una Casa del Geógrafo. Hay ahorrados para eso unos cuantos millones de pesos, pero la meta todavía está distante.

Si bien la vinculación gremial puede ser interesante y necesaria para la cohesión de nuestra comunidad alrededor de algunos propósitos comunes, puede ser prescindible. Lo que sí es mandatorio e irrenunciable es la obligación individual para quien escogió esta como su carrera de vida, labrar poco a poco su formación con la excelencia profesional y científica como su meta personal. Ni la mejor escuela puede pulir por completo el diamante bruto que se le entregue para talla. “No somos un lote precoz, ni debemos desear serlo”, escribía Sauer hace medio siglo sobre la educación de los geógrafos. Y agregaba:

*No es de esperarse que empecemos temprano y necesitamos un tiempo largo para madurar. La nuestra es una tarea de acumulación lenta de conocimiento, experiencia y juicio; las técnicas y los procesos formales de análisis y de generalización son subordinados. No ganamos competencia rápidamente, ni aun mediante el aprendizaje de alguna habilidad especial... Parece ser una cualidad de nuestra casta particular el que siempre demandemos más disposición para aprender lo que es relevante que para perfeccionarnos, mediante entrenamiento específico y método (Sauer 1987 [1956]: 3).*

Me ha dado mucho gusto hablar para ustedes. Su presencia y su número, evidentemente destacable por caras de geógrafos y geógrafas jóvenes, es muy estimulante y es un motivo para renovar mi optimismo por la suerte de la geografía en nuestro terruño. Gracias por su paciente escucha.

### **Referencias**

Capel, Horacio. 1981. *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcelona, Barcanova.

Hartshorne, Richard. 1939. *The nature of geography*. Lancaster, Pennsylvania, The Association of American Geographers.

Harvey, David. 1969. *Explanation in geography*. New York, St Martin's Press. [Trad. como *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.]

James, Preston E., and Martin, Geoffrey J. 1981. *All possible worlds*, 2nd ed. New York, John Wiley & Sons.

Kraft, Viktor. 1929. Die Geographie als Wissenschaft. *Enzyklopedia der Erdkunde*, Teil: Methoden der Geographie (Leipzig, Viena): 1-22.

Peet, Richard. 1998. *Modern geographical thought*. Oxford, Blackwell Publishers.

Rucinque, Héctor F. 2004. La formación avanzada en geografía en el mundo tropical. *GeoTrópico*, 2 (1), 4-9, versión pdf online:  
[http://www.geotropico.org/2\\_1\\_Editorial.pdf](http://www.geotropico.org/2_1_Editorial.pdf)

Sauer, Carl O. 1987. *La educación de un geógrafo*. Tunja-Bogotá, Geofun/EPG. [Originalmente: The education of a geographer, *Annals AAG*, 1956, 46: 287-299.]

Schaefer, Fred K. 1953. Exceptionalism in geography: a methodological examination. *Annals of the Association of American Geographers*, 43: 226-249.